

RESEÑAS

HAEKEL, J., *Zum heuligen Forschungsstand der historischen Ethnologie*, en *Die Wiener Schule der Völkerkunde, Festschrift zum 25 jährigen Bestand 1929-1954*, pág. 17 a 90; Wien, 1956.

El Dr. J. Haekel, activo americanista del Instituto de Etnología de la Universidad de Viena, entidad que como se sabe está bajo la dirección del P. Koppers, nos ofrece en este valioso trabajo que todos leerán con suma atención, un interesantísimo resumen de la situación que la investigación incesante ha producido en el seno de la llamada Escuela de Viena, en los últimos años. Y por cierto que un trabajo de este tipo era a todas luces necesario, hasta imprescindible si se tiene en cuenta las muchas y fundamentales modificaciones que la famosa Doctrina de los Círculos de Cultura ha sufrido en los tiempos recientes. Modificaciones que, al decir de Haeckel, han sido impuestas por los resultados de las numerosas investigaciones que se han realizado en todos los campos de la Antropología en sentido lato, y las que permiten ahora un conocimiento más profundo de la vida cultural de los pueblos.

A algunas de estas modificaciones habíamos ya visto perfilarse a través de los últimos trabajos de los integrantes de la mencionada Escuela. Pero nunca hubiéramos sospechado que se había llegado a tanto.

En efecto, ya no se trata ahora de señalar la realidad y existencia de los discutidos círculos de cultura; tampoco de defender los que el P. Schmidt agregara a la clásica lista de Graebner-Foy: el de los Pigmeos o el de los Pastores: ni siquiera de ver en qué medida podrían aceptarse también las nuevas creaciones o rebautizaciones de Montandon, Imbelloni, etc. Sino de que ahora el concepto tradicional de círculo de cultura ha sido completamente abandonado. "Las cosas parecen ser demasiado complicadas, como para permitir que la historia cultural de los pueblos sin escritura pueda encerrarse dentro de un esquema tan sencillo", expresa nuestro autor. Y serán muchos sin duda los que convendrán en que Haekel tiene razón.

Muchas otras ideas, que la Escuela ha defendido con tesón hasta hace poco, han sido igualmente dejadas de lado. Tal, por ejemplo, el supuesto de la pretérita existencia de una "cultura de la madera" anterior a la de la piedra, y para la cual según Haekel, no podría aportarse argumento convincente alguno. O la admisión de una fase evolutiva de "cazadores superiores", ya que según nuestro autor una separación nítida entre culturas de cazadores inferiores o superiores

no es siempre posible, toda vez que la gradación dependería a menudo, de la ecología, esto es, de la región en que viven los grupos.

Tampoco se podría ya hablar de una fase cultural que sea concretamente de derecho matriarcal, ni menos considerar a ésta como una rígida antítesis de las culturas patriarcales. La antigua tesis de que el derecho matriarcal surgió a consecuencia del predominio económico que a la mujer le otorgaba el hecho de ser ella la productora de alimentos, puede y debe mantenerse. Pero ella no puede aducirse como explicación única del origen de todas las formas sociales de orientación femenina.

Pero las modificaciones introducidas en el cuerpo de hechos e ideas que constituye la esencia de la Escuela de Viena, no consisten solamente en el abandono de antiguas concepciones que en su momento fueron caras a los integrantes de la misma. Sino que en gran parte se trata también de la aceptación de numerosos principios que antes se combatían o frente a los cuales se mostraba una gran indiferencia.

Esto vale sobre todo para la investigación de las funciones y estructuras sociales, que ahora se considera de provecho para la orientación historicista. O para la intención de favorecer la investigación psicológica, especialmente de la representación que los primitivos se hacen del alma, de los sueños, del shamanismo, y de aquellos otros fenómenos originados en la esfera del inconsciente y subconsciente. Y hasta se admite abiertamente la posibilidad de la invención independiente de los elementos culturales.

Todo lo cual, a nuestro entender, sólo puede robustecer internamente a la Escuela.

Como se ve, con todas esas modificaciones la Escuela de Viena ha dado un gran paso hacia adelante y ha roto la estrechez de miras que durante tanto tiempo fuera un serio obstáculo para que se acercaran a ella muchos espíritus independientes. Y si se considera que, además de lo dicho, el trabajo de Haeckel también contiene una serie de normas que permiten la elaboración etnológica de acuerdo con principios modernos y sin abandonar la orientación historicista, se habrá de convenir en lo beneficioso que esta memoria habrá de ser para el porvenir de nuestra ciencia.

SALVADOR CANALS FRAU

WILLEY, G. R., *The prehistoric civilizations of Nuclear America*, en *American Anthropologist*, tomo 57, págs. 571 a 593; Menasha, 1955.

Es indudable que las civilizaciones del Viejo y las del Nuevo Mundo son entidades plenamente comparables entre sí. Y lo son tanto por su estructura como por su contenido. Además, uno y otro gran grupo de altas culturas posee nexos históricos de gran profundidad. Lo cual ha hecho que a lo largo de su historia hayan podido influir de muy destacada manera sobre otros pueblos y otras culturas más o menos

vecinas. Por otra parte, los lazos de unión que se encuentran subyacentes en las dos regiones, se refieren más al contenido cultural que a los estilos o valores. De manera que dentro de cada gran grupo, han ido surgiendo a través del tiempo siempre nuevas formas culturales como reelaboración del contenido fundamental.

En América, las civilizaciones se encuentran sólo en la parte central del doble continente, en lo que se ha llamado la América Nuclear. Esta amplia área territorial, que además de las dos principales regiones de Mesoamérica y Perú involucra también a la región intermedia Colombiana-Centroamericana, constituye una gran unidad histórica y una extensa esfera de difusión, donde las distintas civilizaciones, pese a las importantes diferencias estilísticas regionales que manifiestan, poseen todas un cierto contenido cultural común. Y es por esto que Gordon R. Willey, al que en los últimos tiempos preocupan grandemente los problemas históricos, examina en el trabajo que comentamos ese contenido, con la intención de ofrecer algunas hipótesis respecto de los orígenes y difusión, de todo tiempo tan controvertidos. Al mismo tiempo, destaca las similitudes y diferencias que en sus respectivas culturas ostentan las dos grandes regiones americanas donde imperaran civilizaciones.

Spinden había supuesto como necesaria base de la cual habrían surgido las posteriores civilizaciones, un amplio período que denominara "Arcaico" y durante el cual se habría inventado la agricultura, el sedentarismo de aldea, la fabricación de cerámica y varias otras artes generalmente conocidas como "neolíticas". Willey encuentra que el núcleo central de este esquema es todavía válido, ya que siendo el mismo muy similar en su esencia al del "Formativo" que está hoy en boga, ambos conceptos pueden muy bien confundirse. De ahí que nuestro autor hable abiertamente de un "restatement" de la antigua tesis de Spinden. En cambio nosotros creemos que ello no es inevitable. Pues, todo depende del carácter que se atribuya al Formativo.

Willey mismo nos dice que la idea de la pretérita existencia de una Etapa de primitiva civilización que sirvió de base al florecimiento de las posteriores civilizaciones clásicas, ha surgido a raíz de las investigaciones recientes que han demostrado que las grandes civilizaciones americanas fueron precedidas por culturas menos complejas, aunque de tipo aldeano y dotadas ya de un contenido en gran parte similar al de las posteriores civilizaciones. Por lo tanto, la diferencia existente entre una civilización formativa y una clásica, será sólo de grado.

Cuando Willey entra a tratar el interesante problema del origen de estas civilizaciones americanas, encuentra una cierta prioridad en favor de Mesoamérica, la cual se basa en el hecho de que el nivel formativo más antiguo hasta ahora encontrado es el del *Zacatenco Temprano*, del Valle de México, cuya edad de cerca de 3.300 años ha sido establecida por el Carbón 14. En tanto que los correspondientes datos para el Perú son los relativos a la cultura de *Cupisnique*, cuya

antigüedad es inferior a los 3.000 años. Por lo tanto, admite Willey que la más antigua cultura sedentaria, agrícola y cerámica se habría difundido desde México al Perú. Mas, no creemos que esta opinión pueda considerarse definitiva.

El contacto cultural iniciado al nivel de la Civilización con esta difusión primera, se habría continuado en los siglos siguientes. Y entre los 1.000 y los 500 anteriores a Cristo se habrían difundido en igual sentido el cultivo del maíz, las pirámides-plataforma y la cerámica estampada. Y es posible que otra serie de rasgos que se encuentran tanto en *Tlatilco* (México) como en *Cupisnique-Chavín* (Perú), siguieran el mismo camino también. Entre éstos se mencionan el vaso-estribo, el motivo del jaguar, los vasos-silbantes, y la cerámica con decoración que combina la pintura con la incisión.

Durante las Etapas Clásica y Postclásica, las configuraciones culturales de Mesoamérica y Perú presentan numerosas similitudes y diferencias. Es posible, por tanto, que el contacto cultural entre una y otra región siguiera existiendo, aunque no siempre se pueda precisar el sentido de la difusión. Nuestro autor cree que primero fué de norte a sur, y luego de sur a norte. En esta última dirección se propagó, por de pronto, el trabajo en metales, cuyo más antiguo centro es indudablemente el Perú.

Digno de destacar es el hecho de que Willey acepta la posibilidad de relaciones culturales entre las regiones de alta cultura del Viejo y las del Nuevo Mundo. Nuestro autor no cree, es cierto, en los paralelismos de estilo en el arte y la arquitectura recientemente señalados por Heine-Geldern y Ekholm. Pero sí admite el de otros elementos, cual, por ejemplo, el de la cerámica estampada. Esta técnica decorativa se encuentra ya alrededor del 2.000 antes de Cristo en Manchuria-Mongolia, y es de allí que según nuestro autor habría venido a América, posiblemente a través del Pacífico. Esas influencias habrían aportado primero en alguna parte de Mesoamérica, y desde allí se difundirían luego hacia el sur y el este.

Este trabajo del conocido profesor de la Universidad de Harvard se nos antoja de primera importancia. Y si bien no estamos de acuerdo con todas y cada una de sus conclusiones, nos complacemos en recomendarlo a nuestros lectores.

SALVADOR CANALS FRAU

GONZÁLEZ, A. R., *Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N.O. Argentino*. De: *Anales de Arqueología y Etnografía*, tomo XI. Mendoza, 1955.

En este trabajo, el Dr. González resume las conclusiones a que llegó en los trabajos que llevara a cabo en el área central del Noroeste Argentino. El mismo se inicia reseñando las distintas orientaciones segui-

das por los investigadores que hasta ahora se han ocupado de la zona, y las diversas proposiciones de ordenamiento cronológico que se han efectuado. El autor hace especial hincapié en la imperiosa necesidad de establecer cronologías relativas y absolutas, que son indispensables para una reconstrucción histórica de las culturas aborígenes.

El cuadro presentado por el autor comprende las distintas culturas que se desarrollaron en el área que le ocupa, desde los tiempos precerámicos hasta la Colonia. Para establecer la sucesión de las más antiguas, las precerámicas, se basa en las investigaciones realizadas por él y otros estudiosos, en especial las que tuvieron lugar en las sierras centrales de Córdoba y San Luis.

Pero el acápite más importante es el dedicado a las culturas agroalfareras. Pues, el mismo contiene los resultados de las excavaciones efectuadas durante varias campañas en el Valle del Hualfín, provincia de Catamarca, y en otras zonas vecinas. Relacionando los datos allí obtenidos con los que se poseen del resto del área central, nos ofrece un panorama que cubre una vasta región.

Sería largo enumerar las novedades que trae el Dr. González en su publicación, que por desgracia resulta breve para el cúmulo de nuevos conocimientos que aporta. Ellas han sido logradas mediante una fructífera labor de campo, complementada por un trabajo de gabinete, en el cual ha aprovechado al máximo el venero inagotable de la colección Muñiz Barreto del Museo de La Plata.

Los patrimonios culturales aparecen de manera muy completa y concisa. Entre los aportes más notables figura la ubicación de la cerámica de la zona, originada seguramente por alguna invasión. Es muy importante el hallazgo de casas-pozo comunales correspondientes al período Belén I, al advenimiento del cual se manifiestan grandes cambios culturales. También se establece que la cerámica Condorhuasi pertenece a una facies cultural bien definida, aunque de difícil colocación cronológica.

Es ésta una seria tentativa de ordenamiento cronológico y de presentación de las culturas que se desarrollaron en el área, constituyendo una importantísima y fundamental contribución a los estudios arqueológicos de nuestro Noroeste. Es de desear que en un futuro no muy lejano puedan realizarse trabajos semejantes en las demás zonas.

PEDRO KRAPOVICKAS

JENSEN, A. D., *Der Ursprung des Bodenbaus in mythologischer Hinsicht*, en *Paideuma*, tomo VI, págs. 169 a 180. Wiesbaden, 1956.

En la bibliografía etnológica reciente, suele apuntar de tanto en tanto una curiosa manera de ver que en la historia del desarrollo cultural de la Humanidad, quisiera suprimir el período Neolítico. Es cierto

que hasta ahora nadie ha expresado de manera tan explícita esta intención. Pero es indudable que ciertas actitudes tienden necesariamente a ello.

Uno de estos autores es el africanista H. Baumann, quien en un libro recientemente aparecido admite la posibilidad de que el primitivo cultivo de la tierra, aquél que opera con sólo azada y palo de cavar, derive directamente del superior tipo de cultivo que emplea el arado y produce granos, y que es propio de las altas culturas, de la Civilización. Es decir, que para ese autor, y también para otros que navegan en las mismas aguas, lo pristino y originario sería el cultivo superior, la auténtica agricultura, y las formas primitivas de cultivo representarían descensos o empobrecimientos culturales de los pueblos que las practican. De ser ello así, resultaría que la economía de cazadores y recolectores habría antecedido directamente a la de la Civilización.

En cambio, la mayor parte de etnólogos de tendencia historicista como Eduardo Hahn, Frobenius, Graebner, Heine-Geldern, el Padre Schmidt, etc., y otros de distinta tendencia como Linton, Sauer, Canals Frau, etc., opinan que el primitivo tipo de cultivo, aquel que va dirigido a producir tubérculos y rizomas por medios vegetativos y que se encuentra preponderantemente en las regiones tropicales, debe ser considerado como un estado previo al de la técnica agrícola superior que emplea el arado, usa los abonos y practica la irrigación artificial, y que se considera propio de la Civilización. Y sostienen sus puntos de vista, pese a que no pueden aducir ningún dato arqueológico en su favor.

El autor del trabajo que comentamos pertenece a este segundo grupo. Y reconoce que la Arqueología no puede, al menos por ahora, aportar dato decisivo alguno que pueda solucionar en uno o en otro sentido, el problema. Pues, en los países cálidos y húmedos donde generalmente se practica el más primitivo cultivo, los restos de raíces y tubérculos se conservan con dificultad, y no pueden aparecer por tanto en las excavaciones. Tampoco puede dirimirse la cuestión con el procedimiento de eliminar una tesis porque no se puede demostrar, si al mismo tiempo no se demuestra la veracidad del punto de vista opuesto, o al menos se lo presenta como más probable que el anterior. Es por esto que Jensen trata de reforzar la tesis de los dos períodos agrícolas, el inferior y el superior, aportando un interesante dato de carácter mitológico, que habrá de interesar a muchos lectores.

Se trata de que entre los mitos que se refieren al origen de las plantas alimenticias hay dos que son de especial interés, pues nos muestran de manera clara la diferencia esencial que separa a una de otra capa de culturas agrícolas: la más antigua de los plantadores de tubérculos y rizomas, y la más reciente de los sembradores.

En efecto, uno de los mitos parte de la creencia de que los granos proceden del cielo. Y que han sido traídos de allí generalmente en contra de la voluntad de los dioses. En tanto que el otro mito proclama que los tubérculos se originaron del cuerpo de un ser sobrenatural general-

mente femenino, que en los tiempos legendarios vivía en la tierra, y que al producirse su muerte sus miembros se convirtieron en los tubérculos alimenticios. Se podría decir, pues, que el mito primero tiene como motivo a *Prometeo*; y el segundo a *Hainuwele*. Y manifiestan ambos una concepción tan distinta de los dioses, que sólo puede obedecer a haberse originado en tipos de cultura distinta.

El valor demostrativo del argumento se refuerza aún si se tiene en cuenta que esta situación es siempre la misma en las distintas regiones. Especialmente en el este africano, que Jensen conoce personalmente bien por haber realizado allí intensos trabajos de campo, nunca se pudo encontrar una situación inversa, ni un pueblo que atribuyera un mismo origen a los granos y a los tubérculos. Con el agregado, de que en una de las tribus visitadas, la de los *Darasas*, cada vivienda suele tener dos distintos graneros: uno, construido sobre pilotes, sirve para guardar los granos, y el otro, aderezado al nivel del suelo, es utilizado para conservar los tubérculos y sus derivados. Entendiéndose que el primero está siempre bajo administración masculina exclusiva, y el segundo bajo la única regencia de las mujeres. Lo cual está muy de acuerdo con el carácter masculino que ostentan las civilizaciones, y el aspecto femenino de las culturas de los cultivadores de tubérculos.

Como se ve, este corto trabajo del director del Instituto Frobenius representa un buen aporte en favor de la tesis tradicional que admite dos distintos y sucesivos períodos agrícolas en la historia del desarrollo de la Humanidad. Y es indudable que agrega un nuevo y valioso argumento a la ya larga lista de los conocidos.

SALVADOR CANALS FRAU

COLLIER, D., *Cultural Chronology and Change as Reflected in the Ceramics of the Virú Valley, Peru*, en *Fieldiana: Anthropology*, vol. 43; 226 págs. Chicago, Natural History Museum, 1955.

En el año 1946 un equipo de investigadores del Museo de Ciencias Naturales de Chicago trabajó en el valle de Virú para estudiar a fondo el poblamiento prehistórico de una unidad geográfica particularmente apta para tal finalidad. G. R. Willey publicó, ya en el mismo año, un relato detallado de la organización y programa de esta empresa científica (*Acta Americana*, IV, págs. 224-238) y un breve resumen preliminar de los resultados obtenidos (*American Antiquity*, XII, págs. 132-134). Estudios definitivos y artículos más cortos sobre ciertos aspectos de estas investigaciones aparecieron en varias revistas. Los más importantes son: J. B. Bird, "Pre-ceramic cultures in Chicama and Virú" (*American Antiquity*, XIII, 1948, págs. 21-28), J. A. Ford y G. R. Willey, "Surface survey of Virú Valley, Peru" (*Anthrop. Papers. American Mus. of Nat. Hist.*, XLIII, 1949, págs. 1-79; W. D.

Strong, "Cultural stratigraphy in the Virú Valley, northern Peru: the formative and florescent epoques" (*Columbia Studies in Archeology and Ethnology*, vol. IV, 1952) y G. R. Willey, "Prehistoric settlement patterns in the Virú Valley, Peru" (*Bureau of American Ethnology*, Bull. 155, 1953).

El presente estudio intenta, en primer lugar, el establecimiento de una cronología relativa del valle de Virú, en base a la cerámica ordinaria, o sea de uso doméstico, ya que la cerámica sepulcral muchas veces tiene caracteres especiales y no sirve para el fechaje de viviendas, basureros, etc. Las ligeras diferencias que distinguen a los ceramios de Virú de los bien conocidos de la vecina región de Moche-Mochica, le indujeron al autor a crear una terminología especial para la zona de sus estudios. Las equivalencias son las siguientes:

Moche-Chicama	Virú
Inca-Chimú	Estero
Chimú	La Plata. Epoca tardía
Tiahuanaco costero	Tomayal
Mochica (más reciente)	Huancaco
Mochica (más antiguo)	Gallinazo (más reciente)
Estilo negativo (Virú de Chicama)	Gallinazo (más antiguo)
Salinar	Puerto Moorin
Cupisnique (Chavín costero)	Guañape medio y superior
Epoca de la cerámica lisa	Guañape (inferior)
Huaca Prieta (precerámico)	Cerro Prieto

En lo que se refiere a las fechas absolutas, el autor pone de manifiesto ciertas dificultades que se plantean si se comparan los datos obtenidos de las excavaciones arqueológicas que pueden considerarse probables, con aquéllos que suministran las investigaciones radiocarbónicas. Estos últimos sugieren para la época precerámica del valle de Chicama la edad de 2500-1225 a. C.; para Guañape inferior, en Virú, la edad de 1900-1100 a. C.; la vecindad de los dos valles y su desarrollo cultural muy similar excluye, en la opinión del autor, esta discrepancia. Pero, a nuestro juicio, la prueba n° 321 de *Huaca Prieta*, en la cual se apoya la fecha tan baja que se le asigna al final de la época precerámica en Virú, no merece mucha confianza; no debemos pasar por alto, que la prueba n° 322, del mismo yacimiento, extraída de una capa con cerámica lisa, según los resultados de la investigación radiológica es más antigua que la n° 321. A pesar de tantas malas experiencias muchos arqueólogos se mantienen en la posición de no inclinarse a las altas dataciones de las culturas americanas (mientras que, en general, sobreestiman la edad de los yacimientos del cercano Oriente). Nosotros no encontramos nada inverosímil en la edad de 1848 ± 150 años a. C. que tiene la prueba L-122F del más antiguo estrato cerámico de *Huaca Negra* en Virú, según J. L. Kulp y sus colaboradores (*Lamont*

natural radiocarbon measurements, II, *Science*, vol. 116, págs. 409-414). Para el autor, otra piedra de escándalo estaría dada por los datos radiocarbónicos que se refieren a la cultura Mochica. R. Heine-Geldern (*Die asiatische Herkunft der südamerikanischen Metalltechnik*, en *Paideuma*, V, 1954, págs. 347-423), en cambio, los defiende. Collier se extraña del hecho de que la época tardía tendría, si se aceptara para la cultura Mochica la alta fecha sugerida por el análisis radiocarbónico, la duración de 1200 años, en lugar de los 500, calculados con anterioridad. Sin embargo, nosotros pensamos que los 1200 años se acercan mucho más a la verdad que los 500, pues coinciden bien con la visión general que la historia cultural de Sudamérica puede formarse hoy en día.

Sea como fuere, la importancia del presente estudio no reside en estas disquisiciones sobre la cronología absoluta, sino en la brillante presentación e interpretación de las excavaciones estratigráficas del autor. Crean una sólida cronología relativa de los complejos cerámicos del valle de Virú y permiten, en conexión con los resultados obtenidos por los otros investigadores de la zona, conclusiones muy concretas sobre el desarrollo cultural de esta región. Las exposiciones al respecto en el capítulo V significan un gran progreso en nuestros conocimientos y tienen interés general para la prehistoria peruana. De los apéndices merece mención especial la descripción circunstanciada de las clases cerámicas. Las ilustraciones, en su mayoría de vasos y tiestos, son muy buenas y suministran a los estudiosos un prolijo material de comparación.

O. F. A. MENGHIN

ARDISSONE, R., *Aspectos de la glotogeografía argentina*, 148 págs.; Buenos Aires, 1955. Departamento de Filología Clásica y Lingüística.

La palabra *glotogeografía* es de nuevo cuño, construido sobre el modelo de fitogeografía, y no quiere decir otra cosa que *geografía lingüística*.

El autor de este estudio se cuenta entre los pocos que han encarado la toponomástica desde un punto de vista geográfico; desde luego existen numerosas contribuciones —si bien de valor desigual— inspiradas en propósitos de dilucidación etnológica, lingüística, histórica o simplemente miscelánea, pero ninguna como ésta ha llegado a desarrollar una metódica y a plantear una gama tan rica y abierta de temas sin apartarse del estricto interés geográfico. Con todo, declara, “el lector se dará cuenta en seguida que el presente escrito no apunta hacia una exposición sistemática, completa, exhaustiva, de la geografía lingüística del país”, lo que abarcaría una serie de facetas

que, deliberadamente, ni siquiera menciona (p. 7). Romualdo Ardissonne se dedica a mostrar la importancia del tema, a ejemplificar, con notable y oportuna erudición documental, algunos de sus acápites y a plantear varias cuestiones que quedan para ser desarrolladas independientemente. El autor (1945) al anotar algunas aspiraciones de los geógrafos a propósito del IV Censo Nacional de la Población que se preparaba, ya había adelantado la oportunidad de censar las lenguas indígenas y, ahora, esa recomendación queda plenamente probada. "Hasta la fecha, los censos nacionales —y así mismo los que abarcan menor extensión— que tan útiles resultan para conocer múltiples aspectos del proceso demográfico argentino, son completamente mudos en cuanto a la manifestación lingüística (pág. 43). Sería, pues, de interés la inclusión de este rubro en los formularios censales y, especialmente, estimular el estudio técnico y particularizado de los habitantes de lenguas indígenas, sea cual fuere su estado de conservación, transformación, mixtura, etc. Para ello propone un modelo de cuestionario (pág. 117 s.) y luego analiza cuál pueda ser la mejor representación cartográfica de los hechos registrados. Observamos que en estos últimos aspectos la preocupación geográfica por el tema debe engranar con las exigencias del lingüista y del folklorólogo (semántica, transformaciones fonéticas, contaminaciones, «palabras y cosas», habla rural, jerga profesional, supervivencias cultas, etc.). De la lectura del libro se hace evidente que una buena parte de los antecedentes y del estado actual de la glotogeografía argentina dependen, todavía, de las investigaciones etnológicas y lingüísticas indígenas, del escolio más prolijo de los documentos coloniales, del metódico registro censal de los habitantes hecho oficialmente y del abundante aporte de material lingüístico de procedencia folklórica.

En fin, de la lectura de este último trabajo del Profesor Romualdo Ardissonne, surgen dos cuestiones importantes: la necesidad de encarar con un método apropiado y geográfico el estudio toponomástico del país y que este librito podría constituirse en una invitación para el autor de preparar un manual de glotogeografía.

ARMANDO VIVANTE

NACHTIGALL, H., *Tierradentro, Archaeologie und Ethnographie einer Kolumbianischen Landschaft*, 327 y CXXIII págs. Zürich, Origo Verlag, 1955.

Es éste un hermoso volumen que trata detenidamente de la arqueología y etnografía de la famosa región del sur de Colombia, generalmente conocida como Tierradentro. Constituye el nº 2 de los *Mainzer Studien zur Kultur- und Völkerkunde*, que edita el Instituto de Etnología de la nueva Universidad de Maguncia, en Alemania.

Para poder realizar su investigación, el autor residió durante un año en Colombia ligado al Instituto Etnológico Nacional, y luego pasó tres meses en la región cuya arqueología y etnografía describe. Ya sobre el terreno, su primer trabajo consistió en relevar los distintos monumentos, especialmente estatuas de piedra y cámaras sepulcrales, que integran el conjunto arqueológico llamado de Tierradentro, a falta de nombre mejor. Como se sabe, este interesante conjunto forma parte de la célebre cultura de *San Agustín*, aunque según Nachtigall corresponde ubicarlo en una fase final de la misma. La descripción que el autor hace de aquellos monumentos arqueológicos es detallada y precisa, y ocupa las primeras 95 páginas del volumen.

Se dedicó luego a estudiar la etnografía de los *Páez*, que es el grupo humano que actualmente ocupa la región de Tierradentro. Mas, no siempre ha de haber sido así. Pues, evidentemente este etnos contemporáneo carece de toda relación directa con la cultura arqueológica, excepción hecha de que sus componentes podrían muy bien haber sido sus destructores. De manera que aquí tendríamos la misma situación que en la vecina área cultural de *San Agustín*, donde los *Andaquíes* que actualmente ocupan la zona, nada tienen que ver con el tallado y erección de las famosas estatuas. Es posible, pues, que *Páez* y *Andaquíes* fueran pueblos extraños, posteriormente radicados en la región de las fuentes del Cauca y del Magdalena.

A la descripción de la cultura páez dedica nuestro autor las tres cuartas partes del libro que comentamos. También aquí el relato es claro y minucioso, y abarca los diversos aspectos de la cultura páez, sin olvidar la lengua. Los *Páez*, que en la actualidad cuentan con unos 25.000 individuos, suelen incluirse en la familia lingüística Chibcha. Mas, según señala el autor, ni lingüística ni culturalmente tienen mayor afinidad con los *Muiscas*. Ellos nos aparecen, en cambio, algo andinizados. Sin embargo, los distintos rasgos andinos que en ellos se observan, no parecen ser en mucho anteriores al tiempo de la Conquista. Desgraciadamente el autor no se ocupó de medidas antropométricas, lo cual es una verdadera lástima. El volumen está adornado con más de 200 dibujos y fotografías, todas ellas de buena calidad, que reproducen estatuas y cámaras sepulcrales, paisajes y actividades varias, cerámica y tipos antropológicos. Y en conjunto completan muy bien la descripción arqueológica y etnográfica del texto.

SALVADOR CANALS FRAU

AUER, J., SALMI, M., SALMINEN, K., *Polen and Spore Types of Fuego-Patagonia*, en *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, Ser. A., III, Geologica-Geographica, N° 43, 43 págs. Helsinki, 1955.

La importante labor científica que el geógrafo finlandés, Profesor Väinö Auer y sus colaboradores realizaron en Patagonia y

Tierra del Fuego es tan conocida que parece superfluo decir algo sobre los antecedentes de este trabajo, que, pese a su brevedad es de la mayor importancia para el progreso de los estudios sobre la historia natural y cultural de las regiones mencionadas.

El análisis de polen (palinología) es un método fitopaleontológico que, desde hace pocos decenios, se ha hecho imprescindible para toda una serie de ciencias, ante todo la geología, edafología, paleobotánica, climatología y prehistoria humana. Su material, el polen de muchas fanerógamas y los esporos de algunos helechos, está ampliamente conservado en las turberas fuegopatagónicas. En base a su estudio Auer reconstruyó la historia del vulcanismo y de la selva postglacial de nuestro extremo sur, y reveló su mutua vinculación cronológica, creando con esto a la vez un fundamento sólido para la cronología cultural en sentido relativo y absoluto. Es posible, pues, conectar el desarrollo paleoflorístico europeo, fechable en años mediante los métodos geocronológicos suecos, con el de Patagonia, y por otro lado correlacionar ciertos yacimientos arqueológicos de Patagonia con los depósitos de cenizas volcánicas. He expuesto los méritos de Auer para la prehistoria de Fuegopatagonia en un artículo de *Acta Geográfica*, XIV, Helsinki, 1955, editado como homenaje al 60º aniversario de Auer (este tomo contiene muchas otras contribuciones argentinas).

Lo que faltaba hasta la fecha era una publicación sobre el polen, en base al cual también otros investigadores puedan trabajar en este campo de investigación. El presente trabajo cumple con este *desideratum*. Contiene las ilustraciones de los polen y esporos de casi 100 especies que se hallan en las turberas fuegopatagónicas. La ampliación es de 1.000 a 700 veces. Desgraciadamente todavía no existe ningún especialista argentino que se haya entrenado en el análisis de polen. Desearíamos que esta publicación animara a alguno de los jóvenes botánicos a familiarizarse con él, pues los antropólogos esperamos ansiosamente estudios de esta clase, que se refieran al centro y norte de la República.

O. F. A. MENGHIN

LI CHI y Colaboradores. *Ch'eng-Tzu-Yai: The black pottery Culture Site at Lung-Shan-Chen in Li-Ch'eng-Hsien, Shantung Province*, 232 págs., Yale University Publications in Anthropology N° 52. New Haven, 1956.

Ch'eng-Tzu-Yai en Shantung es un importante yacimiento proto-histórico cuya excavación (1930-1931) derramó mucha luz sobre el desarrollo de la cultura china de los dos últimos milenios a. C. Su clara estratigrafía permitió distinguir dos épocas principales en este depósito arqueológico: la más reciente se caracteriza por cerámica negra, la más antigua por cerámica gris. Las investigaciones de Hou-kang,

otro yacimiento al sur del Hoangho, suministraron claras pruebas de que la famosa cerámica pintada del tipo Yang-shao precede inmediatamente a la cerámica negra. Esto indica que el poblamiento de Ch'eng-Tzu-Yai comenzó entre 2000 y 1800 a. C., o sea, durante la dinastía de Hsia (más o menos 2000-1500 a. C.). La cultura más reciente floreció hacia fines de la dinastía de Shang-Ying (alrededor de 1500-1050 a. C.). Después de una laguna no demasiado larga la población se reaviva y con esto aparece una tercera cultura, la de la cerámica gris. Se trata de la histórica ciudad de *T'an* capital de un pequeño Estado, fundado antes del período de Chou (1050-221 a. C.). La terminación de *T'an* coincide más o menos con el final de la dinastía de Chou. Las dos ciudades muestran fortificaciones. El material arqueológico excavado no es muy rico, pero sí significativo. La cerámica negra se destaca por su hechura extraordinariamente fina, la cerámica gris por incisión de letras. Los objetos de piedra, hueso, cuernos y concha de los dos períodos no se distinguen mucho. Sin embargo, los artefactos pétreos eran mucho más frecuentes en las capas inferiores. Instrumentos de bronce se hallaron solamente en escasa cantidad y exclusivamente en la tercera cultura. De interés especial son los huesos que comprueban la existencia de la adivinación mediante omoplatos. En la ciudad más antigua se utilizaban para esa finalidad omoplatos de diversos animales; en la más reciente, solamente las de ganado vacuno. De gran importancia es también el hecho de que el caballo era ya conocido en la primera ciudad.

Esta excavación y el relato correspondiente, que apareció en lengua china (1934), es el primer resultado científico de la escuela arqueológica nacional de China y merece todo elogio; pero, lo más admirable de esta publicación es el trabajo del traductor que tuvo que superar enormes dificultades lingüísticas y técnicas. Por ejemplo, el sumario inglés que acompaña una de las dos ediciones del relato chino, ofrece a menudo alteraciones del texto chino y también suplementos que el traductor insertó cuidadosamente en su versión. Además, agregó varios apéndices utilísimos: una cronología de las dinastías chinas, listas de los términos técnicos y nombres propios contenidos en el libro (junto con los signos chinos y las tablas explicatorias), observaciones sobre los tipos de asas y por fin una bibliografía que falta en las ediciones chinas. Los autores chinos citan muchos trabajos pero tienen un procedimineto raro: mencionan solamente el título de la obra respectiva, sin nombrar al autor. El traductor hizo lo posible para ofrecer una bibliografía de estilo occidental; sus siete páginas representan de por sí un enorme esfuerzo. Se puede desprender de ellas que los especialistas chinos no conocen la contribución de alemanes y franceses a los estudios de la arqueología del Lejano Oriente.

O. F. A. MENGHN

“Trabajos recientes en la distribución mundial de los venenos indígenas para peces tienden a demostrar que el Nuevo Mundo constituye una sola área de difusión cuyo foco se encuentra en el norte de Sudamérica; que no ha habido difusión del Viejo al Nuevo Mundo; y que el Viejo Mundo puede tanto representar una singular área de difusión, cuanto constituir tres áreas distintas en Europa, Africa y Asia con Oceanía y Australia. En este trabajo yo espero, en cambio, mostrar que el Viejo Mundo puede ser considerado como una sola área de difusión; y que la pretendida independencia entre el Nuevo Mundo y el Viejo en lo que a este elemento respecta, no es decisiva.”

Con estas palabras, que encabezan el trabajo que aquí señalamos a la curiosidad de nuestros lectores, están perfectamente definidos los propósitos y resultados del objeto de esta reseña.

Que el Viejo Mundo constituye una sola área de difusión con su foco en el sud o sudeste de Asia, muy probablemente en alguna zona bañada por el Golfo de Bengala, se evidencia claramente a través de los hechos y las consideraciones que señala el autor. Y así como desde ese único centro, el uso de los venenos vegetales para pescar se fué poco a poco extendiendo por el resto del Viejo Mundo, así también es desde aquella región general que ha de haber llegado al continente nuestro.

Para llegar a ese resultado, nuestro autor comienza diferenciando entre la difusión del conocimiento de que el jugo de ciertas plantas puede producir el atontamiento y muerte de los peces en el agua, y la difusión de las plantas piscicidas mismas y de los particulares métodos en uso para extraer de ellas sus jugos. Llegando a la conclusión de que cuando estos elementos se encuentran en dos áreas distintas de las que se sabe por otros testimonios que han tenido conexiones culturales, lo correcto es atribuir el rasgo a la difusión de una área a la otra, antes que al descubrimiento independiente. Y si encontramos que en ambas áreas se utilizan las mismas plantas, entonces la presencia de la difusión parece asegurada. Es por esto que no parece poder haber duda de que se trata de una costumbre surgida en un solo centro y difundida luego desde allí por el resto de los territorios que la practican.

Y es también desde allí que la misma tiene que haber venido a este continente. Este procedimiento de pesca está enraizado en un complejo cultural, propio de ciertas regiones tropicales, que incluye numerosos rasgos, entre los cuales se puede mencionar el conocimiento de venenos vegetales, estimulantes y narcóticos, así como el cultivo de plantas de raíces y tubérculos que se propagan por medios vegetales. Complejo que se encuentra patente en gran parte de América. Sólo que el autor no es consecuente con sus propios datos al suponer que

este complejo pueda haber venido a través del Atlántico. Pues, todos los datos antropológicos, etnográficos y lingüísticos enlazan a este complejo cultural con la dispersión por Oceanía de los Protomalayos.

El trabajo que reseñamos coloca en primer término a los datos botánicos y nos señala cómo unas pocas especies de plantas piscicidas se han podido difundir por gran parte del Viejo y del Nuevo Mundo. Naturalmente, el sólo hecho de su actual existencia en los dos hemisferios no puede por sí solo probar que el uso de las plantas piscicidas sea anterior al descubrimiento de América, y que su difusión sea por tanto prehispánica. Pero si se considera que esa costumbre forma parte de un complejo cultural que existe desde hace milenios, y que disponemos de otros testimonios que nos señalan antiguas conexiones antropológicas, culturales y lingüísticas entre el Viejo y el Nuevo Mundo, entonces creemos que toda reticencia respecto del carácter y antigüedad de esa difusión está fuera de lugar, y que el uso de los venenos vegetales como técnica de pesca debe sin más ser considerado como otro rasgo que se agrega al ya señalado conjunto, y que nos muestra la realidad de lo que nosotros llamáramos la tercera corriente de población americana.

SALVADOR CANALS FRAU

ENGEL, Fr., *Les amas de coquillages de la côte peruvienne (Ancón - Río Ica)*, en *Journal de la Société des Americanistes*, Tomo XLIV, págs. 39 a 47. Paris, 1955.

Interesante relato de una provechosa exploración de los numerosos conchales existentes en la costa central del Perú, cuyo contenido es todavía desconocido en su mayor parte.

Pese a que desde antiguo han sido señalados conchales en esa región, y algunos de ellos fueran explotados por Uhle, el trabajo que comentamos demuestra que el número de estos amontonamientos de valvas de moluscos mezclados con restos de habitación humana era mucho mayor de lo que cabía imaginar, a juzgar por los datos hasta ahora conocidos. Ellos se encuentran sobre todo en *Ancón* y en otros lugares de las vecindades de Lima así como más al sur, en la zona que corre entre *Paracas* y la desembocadura del Ica. En cambio, en los valles que se encuentran entre una y otra zona, y que son los de Mala, Asia, Cañete, Chincha y Pisco, ya no se encuentran conchales. Así, la progresiva extensión de los modernos cultivos los habrá hecho desaparecer, ya que algunos autores antiguos mencionan su pretérita existencia en la zona.

No todos los conchales de esa parte del Perú corresponden a un solo y mismo período arqueológico. Sus comienzos parecen pertenecer, al menos en su mayoría, a una misma época general que podría seña-

larse como correspondiendo a los tres primeros milenios anteriores a Cristo. Pero mientras que muchos de ellos fueron abandonados poco después de ser ocupados, otros han seguido siendo habitados hasta bien entrado el período hispánico. El autor se interesaba, sobre todo, en localizar aquellos que evidenciaran incluir niveles antiguos, precerámicos y preagrícolas, para someterlos después a una explotación más circunstanciada. Y al parecer son relativamente numerosos los que están en esta situación.

De acuerdo con nuestra propia interpretación de los conchales, el autor considera que los que él explorara en la costa central del Perú "corresponden a un tipo de ocupación costanera basada en una alimentación marina, la que posteriormente fué complementada por un aporte agrícola". Y nuevamente según la tesis nuestra, aunque sin mencionarnos, se reconoce calidad de mesolíticos a estos conchales. Es cierto que más adelante, y pese a la anterior definición tan clara y correcta, hacia el final de su trabajo, Engel expresa que entiende lo "mesolítico" como una "fase ya sedentaria y horticultora que carece de cerámica". En cuya definición hemos de ver la influencia del famoso período de la "Agricultura Incipiente", que algunos autores norteamericanos han querido ver en la costa norte del Perú. Desgraciadamente, no es ésta la única contradicción que se evidencia en el escrito que comentamos. Por lo que es de desear que el detalle de los resultados obtenidos en las excavaciones que el autor está realizando, nos sea pronto dado a conocer.

SALVADOR CANALS FRAU

SCOTTI, P., *Etnologia-Antropologia Culturale*, 2ª ed., págs. Milano, 1955.

Este pequeño manual se nos ofrece como una buena síntesis de los problemas y los métodos de la Etnología, aunque debe decirse que su enfoque es bastante parcial ya que se basa esencialmente en el pensamiento histórico-cultural.

Un primer capítulo encuadra la Antropología Cultural en el conjunto de las ciencias del hombre. Sigue un breve resumen de la historia de esta disciplina y un bosquejo de los problemas y métodos de la Antropología Física y de la Lingüística. El capítulo V está dedicado al estudio de los elementos y factores de la civilización (término que para el autor es sinónimo de cultura), a los cuales clasifica en elementos materiales, sociales y espirituales; división sin duda algo artificiosa pero útil para los fines didácticos. Critica luego el factor ambiental y destaca sus limitados alcances y sus múltiples limitaciones.

En el capítulo VI, dedicado a los métodos etnológicos, Scotti expone los principios del evolucionismo clásico, del método histórico-cultural, del funcionalismo, del evolucionismo de Montandon y Blanc

y, finalmente, el enfoque historicista de la Etnología intentado por el filósofo De Martino. De esta reseña crítica se desprende fácilmente la adhesión del autor a la Escuela Histórico-Cultural de Viena de la que, de aquí en adelante Scotti sigue fielmente, y casi rígidamente, la línea.

En el capítulo VII expone brevemente el autor los rasgos más esenciales del Paleolítico europeo, describe los diferentes ciclos culturales (siguiendo el esquema de Montandon) y trata luego el problema de las relaciones entre las culturas prehistóricas y los primitivos actuales.

Los capítulos VIII, IX y X son una exposición de la ergología sistemática y de las diferentes instituciones sociales, religiosas y artísticas. El capítulo XI trata la geografía etnológica y sus problemas: cartografía de los bienes culturales; definición geográfica de los ciclos. El XII está dedicado al Folklore.

La parte ilustrativa del libro incluye 200 figuras, muchas de las cuales aparecen por primera vez a la imprenta. Una bibliografía al final indica al lector los tratados más importantes acerca de cada punto.

No cabe duda que el manual de Scotti puede ser de utilidad a los estudiantes y a las personas cultas que quieran tener una idea general de la Etnología. Pero, a este propósito, debemos aclarar que el libro de Scotti, más que un esquema de la Etnología es una exposición casi apologética de las doctrinas de la Escuela Históricocultural tal como fueron postuladas por Schmidt y Koppers a principios de este siglo. Agregando que las varias tendencias modernas y renovadoras que existen dentro de la misma escuela, no han sido tenidas en cuenta por el autor. Tampoco puede decirse que Scotti haya interpretado muy cabalmente el sentido del Funcionalismo, y opinamos que su conocimiento del historicismo etnológico de De Martino y del historicismo crociano en general es muy limitado.

MARCELO BÓRMIDA

TORRES DE YANELLO, R., *La mujer cuna, en América Indígena*, vol. XVI, México, 1956.

Este trabajo es uno de los resultados del proyecto del I.I.I. para realizar un estudio sobre la vida de la mujer indígena americana. Con esta finalidad el Instituto envió a tres antropólogas con el cometido de llevar a cabo esta tarea entre los indios *Cunas* de Panamá.

En una breve introducción la autora bosqueja la ubicación geográfica, la organización política, el habitat, la demografía y los antecedentes relativos a los indios *cunas*. Trata luego, en sentido general, la situación de la mujer *cuna* en el marco de su cultura y destaca su elevado prestigio dentro de la misma durante todo su ciclo vital. Lo

demuestra, entre otros hechos, la igualdad con el hombre en la funebria y la presencia de figuras femeninas muy importantes y significativas en la mitología cuna.

La señora Torres relata luego con cierto detalle las diferentes etapas de la vida de la mujer cuna. Destaca la alegría que comporta el nacimiento de una niña y la vincula al matrilocalismo, hecho que asegura su permanencia en la familia y la introducción en ésta de un nuevo factor de producción representado por el marido. Hablando de la infancia pone de manifiesto la ausencia de ceremonialismo relacionado con los niños, en contraste con las festividades y los agasajos de que es objeto la niña; esta situación de privilegio de la mujer se manifiesta, además, en su coqueto atavío, en contraposición con el descuido y la sencillez de la indumentaria masculina. La niña no realiza ningún trabajo, con excepción de alguna tarea liviana de aprendizaje. Al llegar a los siete años la niña cuna debería asistir a la escuela pública, pero su asistencia a la misma es mucho menor que la de los muchachos; pues existe una fuerte oposición por parte de los padres hacia la instrucción europea, determinada por un menosprecio hacia la enseñanza moderna y por el celoso cuidado de la virtud de la mujer. A este propósito destaca la autora la absoluta ignorancia en que crecen las niñas acerca de las cuestiones sexuales, ignorancia que se mantiene evitando toda conversación de este tipo en su presencia y mediante el empleo de fábulas explicativas acerca de la maternidad.

La educación de la niña se basa en el respeto y obediencia a los padres, en el aprendizaje de las tareas domésticas y del uso de las pinturas faciales y en las enseñanzas impartidas por los caciques. Al aparecer la pubertad se abre para la jovencita un largo ciclo ceremonial que incluye dos fiestas solemnes en las cuales juega un importante papel el prestigio familiar. Durante la primera de ellas la muchacha guarda un retiro casi absoluto, realiza abluciones con fines de purificación y puede practicarse un corte del cabello. La segunda fiesta es más solemne que la primera y sus preparativos comienzan con tres meses de anticipación; se realiza un nuevo corte de cabello y se asigna un nombre a la chica, después de lo cual se la considera apta para el matrimonio.

Durante el período entre las fiestas de la pubertad y el casamiento la muchacha luce todos sus atavíos pero no da muestras de una abierta coquetería ya que esta actitud dificultaría su matrimonio. La elección del marido es tarea del padre y se basa en consideraciones sociales y económicas. Rige una estricta endogamia y la residencia es matrilocal. El trato del matrimonio queda desconocido a la pareja interesada y el novio se entera de él cuando, por orden del suegro, dos jóvenes lo llevan en brazos a la casa de la prometida y lo depositan en una hamaca junto a ella. Es particularmente interesante un simulacro de huída por parte del novio que se realiza en algunas

ocasiones. Dentro del espíritu francamente matriarcal del casamiento cuna cabe la prueba a la que el suegro somete a su futuro yerno; consiste en cortar una determinada cantidad de árboles y llevarlos a la cocina de la novia; si el joven fracasa en la prueba pierde a su prometida.

El trabajo de Torres es un enfoque muy interesante y peculiar de la cultura cuna que merece ser repetido e imitado en muchos otros grupos indígenas. En verdad nada más indicado para las estudiosas de antropología que la investigación del problema cultural de la mujer y de cuyo mundo el investigador de sexo masculino siempre queda parcialmente excluido debido a la dificultad que tiene para vencer, al mismo tiempo, la barrera cultural y la sexual. La señora Torres nos ha dado un brillante ensayo de lo que puede realizar en este campo una etnóloga preparada e inteligente. La invitamos con todo calor a seguir con el tema buscando profundizar algunos aspectos que serían de sumo interés; por ejemplo, la estructura psicológica comparada del hombre y de la mujer en una sociedad en que esta última se halla desligada totalmente de esa situación de inferioridad social que es característica, aún hoy, de nuestra propia cultura; o bien, siguiendo los planteamientos de Margaret Mead, el análisis psico-sexual de la mujer cuna en relación a su especial posición dentro de su sociedad.

MARCELO BÓRMIDA

LLIBOUTRY, L., *Nieves y Glaciares de Chile. Fundamentos de Glaciología*, Ediciones de la Universidad de Chile, 471 págs. Santiago de Chile, 1956.

No es tarea fácil referir sobre un libro, que ya por su contenido excede el marco común de las publicaciones científicas. Además de la exuberancia de temas, que forman en su conjunto la glaciología general y regional y que son tratados sobre bases físicas, el autor glosa los capítulos correspondientes de la cristalografía y meteorología, de la mecánica e ingeniería de la nieve y del hielo, hasta los del deporte de esquiar y de las ascensiones realizadas en la cordillera de los Andes. Y todo esto es el fruto de solamente cinco años de observaciones, como recalca el autor, un esfuerzo verdaderamente admirable, en particular si consideramos que Lliboutry durante este tiempo no pudo haberse detenido mucho detrás de su escritorio.

Este extenso trabajo de campo, que caracteriza el libro, es uno de sus méritos principales, además de los conocimientos a fondo del autor de las más modernas investigaciones físicas en glaciología, de las cuales se añadió una bibliografía concisa (al término de la parte primera). Otra ventaja de la obra consiste en un gran número de bosquejos cartográficos, dibujados en base de los mapas más reciente-

mente editados y en parte fotografías aéreas, como también en un gran número de datos sobre alturas y áreas en el texto, determinadas por el autor.

Es claro que también se encuentran algunas sombras. En la página 6, con respecto a la historia de la glaciología, el autor se limita a nombrar a Pierre Martel, Horace Bénédicte de Saussure, Luis Agassiz, James David Forbes y John Tyndall y los progresos de esa ciencia desde el tiempo de los precursores hasta la segunda guerra mundial se caracterizan como lentos, “porque casi sólo se ocuparon de ella «amateurs», entusiastas e intrépidos, pero que no eran siempre capacitados para hacer observaciones de valor”.

Más adelante se lee: “Por otra parte la glaciología ha sido estudiada casi siempre por geólogos, que pretendieron muchas veces fundar el estudio de los glaciares sobre las huellas dejadas por ellos desde la época glaciaria (algo así como si un naturalista quisiese estudiar una especie animal existente hoy día únicamente por sus nidos, sus huellas, o sus desperdicios)”. “¿Es de veras admisible dar tan poca importancia a la obra de Alberto Heim, Eduardo Brückner, Alberto Penck (limitándonos a enumerar solamente tres sabios de fama mundial y beneméritos por sus estudios de la glaciología?)”.

Poco más abajo se encuentra el siguiente pasaje: “Un libro verdaderamente reciente de glaciología no existe en ningún idioma, tantos han sido los estudios realizados durante los últimos diez años. Los trabajos esenciales están esparcidos entre un centenar de revistas poco difundidas ~~entre las cuales descuellan el Journal of Glaciology, Británico~~”. ¿No habría sido preciso que en esta conexión se mencionara también a la *Zeitschrift für Gletscherkunde* (desde el año 1950: *Zeitschrift für Gletscherkunde und Glazialgeologie* que comenzara a publicarse 40 años antes que la revista mencionada?

Podríamos recalcar un número de vicios en el empleo del idioma castellano y algunas negligencias: por ejemplo, en la página 40 con razón se rechaza el uso de la palabra “barrera” en vez de “shelf” o plataforma de hielo, ya que aquélla significa solamente el acantilado, con el cual la plataforma desciende hacia el mar. Pero ya en el segundo párrafo, más adelante, por dos veces se emplea la expresión que habría que evitarla.

En el mismo párrafo (2, 3, 8) se tratan los témpanos tabulares de la *Antártida* y, omitiendo mencionar que recientemente (aunque raras veces) han sido también observados témpanos similares en la zona *ártica*, sigue la afirmación que ellos provienen desde el norte de la isla Ellesmere. El lector que desconoce las regiones polares, podría llegar, por lo tanto, a la conclusión de que el hielo glacial de la zona septentrional viajó todo el camino desde la zona polar del Norte hasta la del Sur, cruzando el Ecuador; muy en contraste a lo que el autor intenta explicar.

Es muy lamentable la reproducción poco nítida de las fotografías,

lo cual nos priva de su valor aclaratorio. De no ser así, el número elevado de fotografías de sumo interés hubiera dado a esta publicación una superioridad única y digna de mucha estimación.

No vamos a agotar la lista de otros menores desperfectos; todos ellos no pueden menguar seriamente el valor de una obra que no tiene su igual —ni de lejos— en el vasto reino de la lengua castellana y que también el lector bien versado en la literatura glaciológica alemana e inglesa siempre empleará, cundo quiera informarse sobre la última etapa de las investigaciones físicas de este ramo o sobre cuestiones geográficas con respecto a los glaciales de los Andes argentino-chilenos.

JORGE J. HEINSHEIMER

FERRARIO, B., *A propósito de tres textos en Lengua Tsóneka*, en *Publicaciones del Departamento de Lingüística del Instituto de Filología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República*, 19 págs. Montevideo, 1956.

Se trata de un breve estudio de tres conocidos textos en lengua Tehuelche meridional: el canto convocatorio para la caza, recogido por F. Hunziker, la traducción del Pater Noster, por T. Schmid y F. Hunziker, y la versión del versículo 8 del Salmo segundo por T. Schmid. Para el primero, el autor consigna el texto en su grafía original acompañado por la traducción literal y *ad sensum* de F. Outes; luego nos brinda algunas notas hermenéuticas y su propia traducción basada en éstas. Para el segundo se limita a las notas hermenéuticas y a la transcripción fonética del texto enmendado en base a las notas mismas. Para el tercero a las simples notas.

Admiramos sin reserva alguna la profundidad y la erudición que el autor despliega en la tratación de los complejos problemas gramaticales del Tehuelche, virtudes que, por otra parte, no nos pueden extrañar en un lingüista de la calidad de Ferrario. Nos parece, sin embargo, que estas cualidades se hallan aplicadas algo gratuitamente en el trabajo que reseñamos. Mucho más económica habría sido su utilización en el caso de una lengua extinguida que para el idioma Tehuelche, cuyos hablantes pueden encontrarse aún por decenas en la Patagonia. Unas horas de cuestionario con un Aóni-kenk son mucho más provechosas que muchos meses empleados en diseccionar viejos textos y a aplicar a ellos la metodología empleada para las lenguas extinguidas del Viejo Mundo. Si así hubiera hecho Ferrario habría evitado el empleo del término *Tsoneka* que es ficticio, tanto del punto de vista fonético como del semántico (corresponde al *chonik* en aoniko-aishk, que significa "grupo de hombres con exclusión de mujeres"); también habría comprobado fácilmente que *nash* significa realmente

mañana (tal como lo traduce Outes) y no ya “*día claro*” como afirma el autor.

Si nosotros, provistos de conocimientos lingüísticos muy superficiales, hemos podido realizar estas y muchas otras observaciones, qué no habría podido hacer Ferrario si se hubiera puesto en contacto con uno de nuestros patagones. Tomando en cuenta estas consideraciones y los amables reproches que en una publicación anterior Ferrario dirige a los especialistas argentinos, sería para nosotros una gran satisfacción que este autor visitara nuestro sur y tomara contacto con los Aôni-kenk que aún lo pueblan. En época de verano el clima de Patagonia está muy lejos de ser tan áspero como lo describen los antiguos viajeros.

MARCELO BÓRMIDA

CUBILLOS, J. C., *Tumaco (Notas arqueológicas)*. 145 páginas. Bogotá, Departamento de Extensión Cultural, 1955.

Con prólogo de Luis Duque Gómez, ex Director del Instituto Etnológico de Colombia, se publica este trabajo que nos informa sobre las investigaciones arqueológicas realizadas por el autor en la zona de *Tumaco*, extremo sudoriental de la actual República de Colombia.

Geográficamente, *Tumaco* forma parte de aquella región de llanos costaneros, cubiertos de selva tropical, que se extiende entre la Cordillera y el Pacífico, y que además del sudoeste de Colombia, incluye también a parte del vecino Ecuador. En lo arqueológico, esa región constituye una bien caracterizada unidad, ya que es en su territorio que floreciera aquel interesante conjunto que los distintos autores han llamado “Cultura de La Tolita”, “Cultura de Esmeraldas”, “Cultura Atacames” y “Cultura de Tumaco”. En realidad, lo que hasta ahora mejor se conocía, y ello debido a los trabajos de Uhle, Saville y Jijón y Caamaño, era la parte ecuatoriana de esa entidad.

Las investigaciones de que da cuenta el autor se realizaron en los años de 1949 y 1950, y consistieron en varios trabajos preliminares efectuados en la isla del Morro, una exploración en la Rada de Tumaco y una serie de excavaciones estratigráficas en *Monte Alto*.

El material arqueológico producido por estos distintos trabajos consta especialmente de cerámica. Ésta comprende ollas, cuencos, platos, copas, ralladores, figurillas, etc. La decoración es simple, generalmente incisa o en relieve. Cuando ella es pintada, consta de sólo alguna faja horizontal o vertical, faltando todo motivo figurativo.

Se encontraron algunas escasas series de material lítico consistente en cantos rodados, hachas, pulimentadores, y unos rodados achatados con muescas laterales, que el autor interpreta como pesas para redes

de pescar. Interesante es la aparición de un disco de piedra con perforación bicónica.

Interesante es, también, el hallazgo de algunos enterratorios practicados en sencillas fosas. La posición original del cadáver era en cuclillas. En algunos casos parece que se había enterrado sólo el cráneo carente de mandíbula y de ajuar. Desgraciadamente, los restos se deshacían al entrar en contacto con el aire. Pero en un caso se pudo averiguar la existencia de una deformación craneana "aparentemente de tipo anular".

Otro dato digno de consignarse es la presencia de un amontonamiento de valvas de moluscos y huesos de pescado, en los mismos lugares de habitación.

El autor encuentra una vinculación remota de esta cultura con la del sur de México, y de manera especial con *Tres Zapotes Superior*, y cree que el origen de la cultura de *Tumaco* habrá que buscarla en el Norte. Nosotros, en cambio, precisaríamos mejor diciendo que básicamente se trata de una cultura media, a la que se agregaron algunas influencias de culturas superiores alóctonas, que pueden haber venido tanto del Norte como del Sur.

Esto surge claramente de las mismas conclusiones generales que señala el autor, como el de que sus portadores practicaran la agricultura sin métodos extensivos; que las viviendas, construidas con materiales perecederos, se agruparan en pequeños núcleos; que se construyeran montículos artificiales (mounds); que el arte cerámico estuviera a regular altura: que la ornamentación del cuerpo incluyera la pintura y la mutilación; que los ritos de enterramiento fueran simples, etc.

Con todo, se trata de un importante aporte al conocimiento de una región hasta ahora poco menos que desconocida. Y deseáramos que pudieran producirse más investigaciones del mismo tipo en la misma región general. Pues las consideramos de la mayor importancia para el esclarecimiento de muchos problemas americanistas que todavía están sin resolver.

SALVADOR CANALS FRAU

SOCIEDAD MEXICANA DE ANTROPOLOGÍA, *Estudios antropológicos, publicados en homenaje al doctor Manuel Gamio*, 713 págs. México, Dirección General de Publicaciones, 1956.

Hace ya varios años que los antropólogos mexicanos se sentían en deuda de gratitud hacia uno de los iniciadores de la etapa moderna de la Antropología en México. Nos referimos a Manuel Gamio, el actual Director del Instituto Indigenista Panamericano y pretérito excavador de *Teotihuacán*, *Azcapotzalco*, *Pedregal de San Ángel* y de varios otros lugares famosos, con cuyos resultados se sentaran las bases de la moderna investigación prehistórica mexicana.

La iniciativa de rendir un justiciero homenaje al ilustre hombre de ciencia fué lanzada en 1952 por dos conocidos colegas. Desgraciadamente, circunstancias desfavorables no permitieron entonces que se materializara tan laudable propósito. Pero poco después, la Sociedad Mexicana de Antropología tomó a su cargo la iniciativa e invitó a sus miembros y a otros investigadores extranjeros a secundar el proyecto de publicar un tomo de homenaje al maestro. Muchos han sido los que quisieron y pudieron colaborar, pues las contribuciones que nutren el denso volumen pasan de sesenta.

Naturalmente que en vista de un número tal de trabajos, una reseña de todos y cada uno de ellos no cabría en el espacio que usualmente se otorga a una nota de crítica bibliográfica. Diremos, empero, que los sesenta y pico artículos que integran el tomo versan sobre todas las ramas de la Antropología en sentido lato. Aunque, dada la actual especialización del homenajeado, la sección de Etnografía, Antropología Social y Folklore es la más nutrida. Los colaboradores por su parte pertenecen a México, a los más diversos países de América, y tampoco faltan los europeos.

SALVADOR CANALS FRAU

DÁVALOS HURTADO, E.: ROMANO, A., *Deformaciones corporales entre los Méxicas*, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XIV, págs. 79 a 101; México, 1954-1955.

Las deformaciones corporales no suelen ser muy frecuentes en las altas culturas, ya que por lo general son un producto de costumbres propias de estados culturales anteriores a la Civilización. Es por esto que podría sorprender verlas tan bien representadas entre los *Méxicas* o *Aztecas*.

Los autores de este interesante trabajo clasifican al conjunto de deformaciones y mutilaciones más comunes que practicaban los integrantes de aquel pueblo, en 6 categorías distintas, a saber:

- A. — Deformación craneana
- B. — Mutilación y pintura dentarias
- C. — Mutilación auricular
- D. — Mutilación del tabique y alas de la nariz
- E. — Mutilación del labio inferior
- F. — Escarificación sacrificial o de castigo

De los dos tipos de deformación craneana generalmente admitidos, sólo el tabular se presenta entre los restos estudiados, preponderando en mucho la variedad erecta. Así, de 98 cráneos deformados, 94 resultaron ser tabulares erectos y sólo 4 tabulares oblicuos. La deformación se practicaba tanto en los hombres como en las mujeres, aunque en la

época de la Conquista parece ser que la costumbre estaba ya en franca decadencia.

Valioso dato es el que los autores han podido establecer respecto de las diferencias existentes en la práctica de las mutilaciones dentarias, a través de los tiempos. Pues, parece que las culturas del Horizonte Arcaico, o sea, lo que actualmente llamamos culturas formativas, sólo practicaban mutilaciones en los dientes superiores, mientras que en las culturas clásicas la mutilación se producía tanto en los superiores como en los inferiores. Además, la práctica se cumplía sólo en personas adultas, ya que no se ha hallado caso alguno entre niños.

La mutilación auricular recaía principalmente en el lóbulo, con la finalidad de ensartar en él el tipo de orejeras que menciona Sahagún. En el septo nasal se colocaba la nariguera, y en las aletas de la nariz piedras preciosas. Muy común era también el barbote, de distinta forma y calidad. Y en cuanto a las escarificaciones sacrificatorias, es bien sabido que ellas se producían en la lengua, las orejas, los órganos genitales y en algunas otras partes del cuerpo.

Es indudable que los estimados colegas, Drs. Dávalos Hurtado y Romano, han realizado un útil trabajo al reunir numerosos datos dispersos que denotan la antigua existencia de deformaciones corporales entre los Méxicas.

SALVADOR CANALS FRAU

DE MELO CARVALHO, J., *Notas de viagem ao Javari-Itacoaí-Juruá*. Rio de Janeiro. Publicações avulsas do Museu Nacional, 1955; 81 págs.

Las notas transcriptas del diario de viaje a los ríos Javari-Itacoaí-Juruá realizado durante el año 1950 por el viajero José Candido de Melo Carvalho poseen un inestimable valor para los especialistas en Zoología y también para el etnógrafo, ya que el mencionado viajero ha tenido la precaución de consignar numerosos datos que ilustran acerca de las condiciones de vida de los indígenas que habitan en las márgenes de dichos ríos, y con los que entrara en contacto nuestro autor.

La expedición fué realizada con la finalidad de recoger elementos representativos de las distintas especies zoológicas propias de la zona, notándose que los viajeros estuvieron siempre atentos en la observación de las características y modo de vida de cuanta especie se presentaba ante sus ojos, recogiendo en frascos y cajas especiales aquellas que consideraban de más interés.

Se encuentran en esta descripción algunos interesantes datos sobre los indios *Ticunas* y *Canamaris*. Los primeros se extienden desde Tabatinga hasta Yutaí, concentrados en los igarapés de Belén y Tacána, y los segundos están asentados sobre el Yurúa y el alto Itacoaí.

Referente a los *Ticunas*, se mencionan el tipo de habitación, las embarcaciones, máscaras, adornos femeninos y también el uso de la *tapa*. Muy interesante resulta la descripción de ciertos pormenores de la choza donde se realiza la ceremonia de iniciación de la "moça nova". Es notable también el uso de un líquido vomitivo proveniente de la secreción lechosa de la piel de un batracio, que los indígenas aplican sobre su propia piel quemada en la región del puño. Se hace mención del pasaje por un cementerio indígena ubicado dentro de un bosque.

En cuanto a los *Canamaris*, también se mencionan algunas características de su lengua, sus caracteres físicos, vestido, etc.

La narración está realizada en una forma amena que hace revivir las peripecias y penurias por las que tuvieron que pasar los exploradores durante dos meses y medio, y que permite extraer de ella una serie de datos interesantes para las disciplinas antropológicas.

Completan el trabajo algunas fotografías que muestran la naturaleza de la región y el tipo de vivienda que usan los indígenas de la zona. Se agregan también dos croquis detallados en los que figuran todas las casas y poblaciones encontradas en las riberas de los ríos recorridos.

MARÍA ANGÉLICA CARLUCCI

DE MELA CARVALHO, J., *Notas de viagem ao rio Paru de Leste*.
Rio de Janeiro, Publicações Avulsas do Museu Nacional, 1955;
82 págs. y 18 fotografías.

El diario de viaje de José Candido de Melo Carvalho a lo largo del río Paru, efectuado desde principios de julio hasta fines de agosto de 1952, representa una notable colaboración para los estudiosos de la Zoología y la Etnografía. Aquí todas las especies terrestres, acuáticas, así como también aves e insectos desfilan una a una haciendo destacar el autor sus características o las diferencias con las especies ya conocidas. Está narrado en la forma amena que sabe hacerlo este investigador.

El valor que este trabajo tiene para el etnógrafo radica en el hecho de que en el mismo se describen algunos elementos propios de los *Aparaís*, entre ellos el tipo de habitación, el vestido femenino y masculino, los adornos, el tipo físico, etc. Como rasgo interesante se cita la costumbre masculina de raparse la barba y las cejas, así como también la de pintarse la piel con genipapo. También se menciona el uso de una estera simbólica durante la ceremonia de iniciación, en cuyas hendiduras se colocan hormigas y que al adherirse al cuerpo expone al iniciado a la picadura, sirviendo de suplicio y manera de comprobar la resistencia al dolor.

Otro informe interesante es el que se refiere a la visita a una gruta situada en la parte superior de una catarata muy cercana a

Maracanacuara, donde hallaron ollas de barro con decoración grabada y restos de utensilios dejados allí por los indígenas del pasado. El autor, con acertado tino, no ha querido entrar en un campo de investigación que no es el suyo, y destaca que la visita al lugar sería provechosa para el especialista.

Ilustran el texto varias figuras, que muestran el paisaje, la clase de habitación y el tipo físico de los habitantes de la región.

MARÍA ANGÉLICA CARLUCCI

STEWART, J., *Teoría y práctica del estudio de áreas*. 86 págs. Washington, Unión Panamericana, 1955.

Los estudios de área planeados con enfoque interdisciplinario se iniciaron años antes de la segunda guerra mundial. En los años que siguieron el número de proyectos de investigación dedicados a áreas de distinta extensión geográfica fué en constante aumento. La intención de quienes los organizaban y dirigían era ampliar el conocimiento sobre los pueblos del mundo, estimular la cooperación interdisciplinaria tanto en las investigaciones como en la integración de los resultados y aportar datos que contribuyeran a la universalización de las ciencias sociales.

Como a pesar de la abundancia de estudios de este tipo no existiera una metodología adecuada, el Comité de Investigación en Areas Mundiales encargó a J. Steward la redacción de un informe que compilara los datos sobre el estado actual de este tipo particular de investigaciones, trabajo para el que lo capacitaba el haber sido director de proyecto cuando se realizara el análisis integrado de la cultura de Puerto Rico.

Aun cuando el hecho de que Steward sea antropólogo podía haber inclinado la balanza del equilibrio interdisciplinario en favor de la rama de su especialidad, la revisión minuciosa que hace es interesante y válida como incentivo para futuras investigaciones.

Este informe, que aparece como el segundo de los manuales técnicos de la Unión Panamericana, está dividido en cinco secciones. En la primera de ellas se trata de los objetivos que tienen estos estudios, se define el concepto de área y se delimitan los problemas de la cooperación interdisciplinaria.

Según Steward, los objetivos serían cuatro, a saber: primeramente la acumulación de un cuerpo de conocimientos de valor práctico sobre el área respectiva. En esto, el autor reconoce las limitaciones impuestas por circunstancias que varían desde el orden económico hasta las dificultades que surgen del propio planeamiento. Por ello, opina que los estudios de área deben ceñirse a un propósito central. El segundo objetivo es la formación, en el investigador, del sentido

de la relatividad cultural, lo que permitirá comprender que cada cultura posee un patrón distintivo, evitando así los errores metodológicos del etnocentrismo. El tercero es el propender a la comprensión de los conjuntos sociales y culturales, tales como existen en sus respectivas áreas. Y el cuarto y último, promover el desarrollo de una ciencia social universal.

Como a pesar de la relatividad cultural se pueden desentrañar de los contextos ciertas formas de conducta e instituciones parecidas en áreas diferentes, el problema consistirá en aclarar bajo qué condiciones particulares pueden producirse patrones de conducta semejantes, lo que sólo se logrará con una teoría y un método adecuado.

Una vez analizados los objetivos del estudio de áreas, el autor procede a explicar el alcance de este término que puede referirse a una región, una colonia, un área cultural y hasta un área mundial. La elección depende de factores diversos; pero la unidad de estudio elegida determinará, desde luego, variación de métodos y selección de problemas.

La planificación interdisciplinaria es difícil de lograr. Como ya lo señalara J. Embrée, la dirección principal debe surgir de alguna disciplina particular, porque aún no se ha llegado a constituir una disciplina de área como tal.

El capítulo segundo incluye la descripción de los estudios ya efectuados y de los que están en vías de realización. El criterio adoptado por el autor es el de reseñar los proyectos de investigación de acuerdo a la unidad de estudio, partiéndose de la más pequeña, la comunidad, y progresando en extensión hasta alcanzar las grandes áreas culturales. En esta sección se analizan los conceptos y métodos aplicables a los diferentes planes y en el capítulo siguiente se aplican a la descripción del proyecto de Puerto Rico. La última parte está dedicada a resumen y conclusiones.

Para completar esta visión de lo realizado en este campo particular, sería del mayor valor poder agregar el aporte de investigadores de otras disciplinas y conocer sus conclusiones sobre el valor de la correlación interdisciplinaria de acuerdo con su respectiva especialidad.

M. ESTHER HERMITTE

GUALLART, J. M., *Notas sobre Antropología Física aguaruna*, en *Antropología y Etnología*, N° 10, págs. 39 a 44. Madrid, Instituto Bernardino de Sahagún, 1954.

Si bien cultura y lengua de los distintos grupos de *Jívaros* nos son relativamente bien conocidas, los datos somatológicos referidos a esos indios escasean bastante. Es por esto que cualquier aporte que

pueda ampliar nuestro conocimiento, aunque no proceda de manos especializadas, ha de ser bien recibido de los investigadores.

El trabajo que aquí reseñamos es de indudable importancia. Consta de pocas páginas, pero ellas son de denso contenido. Su autor es un misionero jesuita de la Prefectura apostólica de *Jaén*, en el norte del Perú, que ha tenido la idea feliz de dedicar parte del tiempo libre que sus afanes apostólicos le dejan, para relevar antropométricamente aquellos indios con los que ha estado en estrecho contacto. Estos indios son los *Aguarunas*, la más meridional de las subdivisiones del gran conglomerado jívaro, cuyo habitat se encuentra sobre la margen derecha del Marañón, entre los ríos Nieva y Apaga.

Al P. Guallart le fué dado medir una serie de 71 varones y otra de 30 mujeres. Anotó en sus fichas el lugar de procedencia de todos ellos, mas no advirtió diferencias locales entre sus indios.

La estatura media de los varones resultó ser de 1.592 mm, con un margen de variación que va de 1.380 a 1.700. La de las mujeres es de 1.467, oscilando los valores entre 1.320 y 1.550. Estos datos son indicadores de una cierta falta de homogeneidad, la que ha de deberse a mestizaje. Claro que la gran mayoría de sujetos medidos de uno y otro sexo, se encuentra algo por debajo de la respectiva talla media. Por lo que nuestros indios no se destacan por su talla más bien pequeña de entre las demás poblaciones de la Montaña.

La forma de cabeza es decididamente braquioide. Pues, el índice cefálico horizontal de los hombres es igual a 82,9 y el de las mujeres alcanza los 84,8.

Por su parte, la cara presenta un índice facial medio que en ambos sexos importa 85,5. Vale decir, que debe considerarse como mesoprosopa. Pero también aquí se hace presente un elemento extraño que está representado por aproximadamente un cuarto de sujetos leptos e hiperleptoprosopos. Y en cuanto a la nariz, ostenta un índice de 80 en los varones y 80,1 en las mujeres.

El cabello generalmente es negro y liso. Pero en un 10 % de los casos presenta ondulación. Desgraciadamente el autor no pudo prestar mayor atención al estado de la pilosidad general; aunque constató un caso de canicie y otro de calvicie. Rasgos todos estos, que acentúan la presunción de un débil mestizaje, ya sea con blancos, ya con una anterior población indígena, probablemente huárpida.

De todas maneras, es indudable que los *Aguarunas* deben incluirse entre los Brasilidos, a cuyo tipo se conforman los mencionados caracteres generales. Y si a ellos agregamos la pigmentación y forma del ojo, que son acusadamente mongoloides, la nariz de raíz ancha y deprimida y los pómulos salientes, la certeza del diagnóstico se acentúa. Interesante es el hecho, anotado por el P. Guallart, de la extraordinaria frecuencia de casos en que el lóbulo de la oreja está adherido, especialmente entre los hombres.

SALVADOR CANALS FRAU

La fundación norteamericana Wenner-Gren inicia con este anuario una nueva serie de publicaciones cuyo objeto es informar sobre las mayores realizaciones que se van produciendo en el campo de la Antropología. Justifica la necesidad de la nueva publicación el crecimiento espectacular de nuestra ciencia, la que produce obras en tal profusión, que hace imposible que el especialista pueda ni siquiera enterarse de todas. Por ello se ofrece aquí una síntesis de los progresos en la investigación durante el período 1952-1954, acompañada de cuidadosas listas bibliográficas. Su finalidad principal es la de servir como libro de consulta. Ha sido planeado teniendo en cuenta los intereses de los antropólogos, como asimismo los de los estudiantes y profesionales de otras ciencias, y los del público en general.

El volumen está organizado en seis secciones. La primera es un editorial de Julián Huxley sobre "Evolución cultural y biológica". En las restantes figuran artículos de conocidos antropólogos norteamericanos y europeos. Así, los nombres de Gordon Ekholm, Emil Haury, James Griffin, Wilhelm Koppers y otros aparecen en la segunda intitulada "El pasado del Hombre". Todos esos trabajos versan sobre métodos y teorías que, a pesar de abarcar diversos temas, tienen como común denominador el estudio del Hombre y sus obras a través de la dimensión temporal.

Ocho trabajos dedicados a analizar problemas teóricos de la Antropología actual forman la tercera sección, en la cual John W. Bennett, Sol Tax, David Mandelbaum, William Howells, R. Firth y A. L. Kroeber, entre otros, sintetizan las nuevas tendencias en la teoría antropológica.

A continuación, en la cuarta sección, se discuten las soluciones que puede aportar la Antropología a la dilucidación de problemas de carácter práctico que surgen en la educación y el gobierno de los pueblos.

Parte interesante de esta obra es la sección quinta, donde se informa sobre las actividades en Europa y el S. O. de Asia. Todas ellas están a cargo de especialistas de la región.

La sexta y última sección enumera las tesis doctorales de contenido antropológico que han sido presentadas en distintas universidades del mundo; los premios y distinciones a la investigación, con una lista de asociaciones norteamericanas e internacionales que se dedican a nuestras disciplinas.

A pesar de la gran extensión del libro no fué posible incluir en un solo volumen la información mundial completa. Y se hubo de apelar al procedimiento de cubrir los temas en forma cíclica, por tópicos en años alternados y por zonas geográficas cada cuatro años. Así, la segunda parte del próximo tomo titulado "El presente del Hombre" se compondrá de artículos que, cubriendo el período 1952-1955, pondrán

el acento en aquellos aspectos que se ocupan de problemas contemporáneos.

La publicación de este nuevo anuario viene a sumarse al ya conocido anuario de Antropología física que la Fundación Wenner-Gren publica. Y como éste es una obra que, por su seriedad e importancia, ha de figurar en todas las bibliotecas de los que se dedican a nuestra ciencia.

M. ESTHER HERMITTE

ANCIENT MAYA PAINTING OF BONAMPAK, MEXICO. Carnegie Institution of Washington Supplementary Publication 46, 36 pp., 1 mapa, 3 esquemas, 3 lám. a color. Washington, D. C., 1955.

Con esta publicación la Institución Carnegie nos presenta una serie de magníficas reproducciones a todo color de las famosas pinturas murales de *Bonampak*, cuya copia ha realizado el artista guatemalteco Antonio Tejeda. Ellas van acompañadas por un texto explicativo que se inicia con una síntesis de la civilización maya, su origen, extensión y características más sobresalientes. El relato se detiene luego en *Bonampak*, nombre moderno de una antigua ciudad maya, que floreció entre el 600 y el 825 de nuestra era, al nordeste del actual Estado de Chiapas, en México. Sus ruinas se encuentran ocultas por la selva, lo que ha sido causa de que sus pinturas murales hasta 1946 fuesen únicamente conocidas por un reducido número de indios *Lacandones* que habitan esa región. Fué entonces cuando Giles G. Healey, quien se hallaba filmando en ese sitio, fué informado por uno de los indígenas de la existencia de aquellas soberbias realizaciones. Comunicado su hallazgo a las autoridades mexicanas correspondientes y a la Institución Carnegie, esta última se apresuró a enviar nuevamente a Healey al lugar acompañado por el artista Tejeda Fonseca, de vasta experiencia en la copia de pinturas murales prehispánicas. Éste debió realizar dos nuevos viajes integrando las expediciones de 1946 y 1948, a fin de poder completar la copia de aquellas pinturas murales, gran parte de ellas recubiertas por concreciones calcáreas. La tarea ha sido fielmente realizada con colores al agua, sobre dibujos cuidadosamente medidos, en escala $\frac{1}{4}$ del original. Parte de los dibujos preliminares fueron hechos en colaboración con el artista Agustín Villagra, quien posteriormente realizó nuevas copias para el Instituto de Antropología e Historia de México.

El edificio que contiene las pinturas posee una longitud de 55 pies y se halla compuesto por tres cámaras, cada una de ellas con su respectiva puerta. Las pinturas ocupan la totalidad de las paredes, excepto una faja de dos pies en la base. Ellas han sido realizadas sobre una espesa capa de estuco colocada en la superficie de la piedra caliza. La técnica seguida no sería la del verdadero "fresco", pues

los colores habrían sido colocados sobre el estuco seco. Ésta sería la opinión de un experto en la materia, en tanto que Tejada y Villagra sostienen lo contrario. Respecto al origen de los pigmentos utilizados, el Dr. Rutherford J. Gettins informa que de los que han sido identificados, todos, excepto el negro, proceden de sustancias inorgánicas.

En cuanto a las grandes escenas en ellas representadas serían las siguientes:

Cámara N° 1: estructura (lámina 118 x 28 cm.). Parece representar los preparativos para una danza por personificadores de los dioses de la tierra.

Cámara N° 2: estructura 1 (lámina 93½ x 28 cm.). Posee dos escenas muy interesantes: *a*) una excursión a un pequeño caserío y captura de prisioneros; *b*) proceso a los prisioneros.

Cámara N° 3: estructura 1 (lámina 104 x 28 cm.). Ceremonias de sacrificio y danza.

En todas estas escenas cabe destacar el realismo de formas, tipo de expresión casi desconocido en otros murales prehispánicos. Los temas tratados parecen haber sido contemporáneos del artista. La seguridad en el trazo y el cuidado y pureza de líneas son realmente extraordinarios. Por lo cual se puede afirmar que se trata de un trabajo altamente recomendable, no sólo al arqueólogo y el etnólogo, sino también a todo estudioso que se interese por las manifestaciones artísticas de los pueblos.

MARÍA NÉLIDA MOISÁ